

VIOLENCIA SIMBÓLICA

Victoria Sendón De León

*“La igualdad entre los sexos es el ropaje
con el que se disfraza hoy la inferioridad
de la mujer”*

(Carla LONZI)

Resulta un poco extraño que últimamente mucha gente esté interesada por la violencia simbólica como si en el camino de búsqueda de las causas de la violencia real nos hubiéramos perdido algo importante

¿Qué ha pasado para que ahora las feministas y las instituciones estén interesadas por lo simbólico? Bueno, pues ha pasado lo que tenía que pasar: que actualmente disponemos de toda una panoplia de leyes que intentan implantar la igualdad como derecho, que potenciamos por todos los medios la coeducación, que hemos aprobado una nueva ley sobre la interrupción voluntaria del embarazo, que tenemos paridad en los gobiernos y en los parlamentos y sin embargo... Sin embargo, el machismo rampante campa por sus respetos: malos tratos y asesinatos de mujeres, prostitución forzada como el gran negocio del siglo, auge de los discursos religiosos patriarcales, y el núcleo duro del poder en manos de los hombres, como siempre. ¿Quiere decir que no hemos avanzado nada? En absoluto. Precisamente porque lo hemos hecho, el machismo se torna más virulento. Pero, tal vez, en nuestros análisis nos falte un elemento clave: el elemento simbólico. Creo que el feminismo se ha centrado sobre todo en combatir el machismo, pero el machismo no es más que el síntoma de una enfermedad profunda, de una enfermedad estructural y sistémica que se llama Patriarcado, y esta realidad no podemos analizarla en toda su dimensión si no recurrimos al elemento simbólico.

Voy a partir de la importancia que el sociólogo francés Pierre Bourdieu otorgó a lo simbólico dentro de la sociología, y más concretamente del estudio de campo que realizó en la Cabilia argelina sobre las relaciones de dominación de los hombres

sobre las mujeres. Este autor dice algo tremendo, pero muy a tener en cuenta, y es que “*Existe una complicidad tácita de los dominados con la dominación*”. Es éste uno de sus puntos de partida o de llegada, según se mire. En su obra *La dominación masculina*[1], Bourdieu parte de un estudio de campo que realizó en la Cabilia argelina, considerada como una reserva del inconsciente mediterráneo, donde las relaciones de género se nos muestran en toda su crudeza, en el sentido de que obedecen literalmente a una estructura patriarcal de dominación, ya que las diferencias sexuales han sido transformadas en un conjunto de oposiciones que organizan todo el cosmos. En estas oposiciones, lo masculino tiene siempre la primacía, pero no sólo lo masculino, sino los varones, ya que lo simbólico coincide literalmente con lo real[2]. Lo curioso es que la primacía de lo masculino prescinde de toda justificación: es lo ‘natural’[3]. Por lo tanto, el orden social funciona como una gran máquina simbólica que ratifica la dominación masculina en la que se apoya. Es un círculo vicioso en el que la división sexual del trabajo es vista como algo natural, así como el sometimiento de las mujeres, los malos tratos que se les infligen, su impureza, los espacios propios de cada uno de los sexos y todo el mundo organizado en esta sociedad y, en primer lugar, el cuerpo en sí, su realidad biológica. Oposiciones y privilegios masculinos que no sólo operan en la realidad organizativa externa, sino que afectan a las estructuras cognitivas de todos los sujetos, varones y mujeres, que a su vez refuerzan esta estructura. El sociólogo Manuel Castells afirma que “*La forma esencial de poder está en la capacidad de modelar la mente*”[4]. Sería lo que Foucault denomina 'biopoder', que es el poder no coactivo, sino el interiorizado por el sujeto y según el cual piensa y actúa. Desde esta perspectiva podemos entender por qué las religiones tienen tanto poder, que no sólo transforman lo arbitrario en natural, sino en sobrenatural.

La dominación se ejerce a través de una serie de comportamientos, que cuando pasan a ser asumidos como naturales por el imaginario, se convierten en dominación simbólica. Por eso, cuando los sujetos dominados toman conciencia de su dominación objetiva, pero no de la subjetiva, actúan en muchos casos con los mismos esquemas aprendidos sin conseguir emanciparse de un esquema simbólico de dominación,

repitiendo las mismas formas que utiliza el poder.

Algo muy importante que habría que tener en cuenta es que cuando se plantea un esquema de emancipación puramente igualitario, no se está cuestionando el sistema en sí, sino la posibilidad de compartir los privilegios y los derechos del dominador. Sin embargo, no se puede establecer la igualdad en una sociedad desigual. ¿Igualdad de sexos con desigualdad de clases? ¿Igualdad de sexos con desigualdades raciales o nacionales? ¿No habría que definir al mismo tiempo el modelo social en el que aspiramos a la igualdad entre hombres y mujeres? Pero, he aquí, que el modelo por encima de cualquier otra consideración es un modelo masculino de mundo. Ya se ha intentado aplicar el modelo de la igualdad de clases o el de igualdad de razas, pero no funciona, porque el modelo patriarcal de cualquier tipo de sociedad es un modelo jerárquico. No pueden ni saben ni quieren funcionar de otro modo. Si se diera la igualdad real entre hombres y mujeres en esta sociedad, sería la apoteosis del triunfo del modelo masculino. Por ejemplo ¿puede haber igualdad de derechos entre ambos sexos en un tipo de sociedad en la que se valora más la producción que la reproducción, como sucede en este modelo occidental que vivimos? Si establecemos en este modelo la igualdad, resulta que las mujeres tendríamos que valorar mucho más la producción, y vivir para ser individuos entregadas al trabajo y a la economía. Igualmente, nuestro modelo otorga mucha más relevancia a lo público que a lo privado. ¿Es realmente lo primero más importante que lo segundo? ¿Quién establece la jerarquía de valores? Lo que está sucediendo actualmente entre las jóvenes es que se creen que se han emancipado sexualmente porque se han adaptado a un modelo de sexualidad masculino y ya no saben ni qué desean realmente. Mientras no creemos un nuevo modelo de mundo desde planteamientos feministas, no podremos hablar de igualdad, ya que con el modelo de igualdad estamos perdiendo posiciones. Ya lo iremos viendo.

Una de las conclusiones más interesantes de Bourdieu es que los esquemas inconscientes de dominación patriarcal siguen perviviendo en las sociedades en las que la mujer ya está supuestamente emancipada. Su emancipación, no obstante, es puramente formal porque las estructuras inconscientes no han cambiado en la

mayoría de los individuos. Más adelante veremos ejemplos de la dominación y de la violencia simbólica.

Vamos a seguir, ahora al inicio, el esquema de análisis de Bourdieu.

Presupuestos del análisis

- Lo objetivo y lo subjetivo son dos momentos de lo social.
- Lo material y lo simbólico son indisolubles.

Un análisis materialista que no tenga en cuenta el sustrato simbólico es un materialismo ciego. Es decir, que las llamadas ‘condiciones objetivas’ económicas o políticas no son todo lo que hemos de tener en cuenta para la emancipación, sino que no podremos operar adecuadamente sin considerar las condiciones subjetivas de los individuos. Qué piensan, qué creen, qué sienten, pero sin olvidar que esta subjetividad forma parte de lo social, ya que la realidad social no es sólo un conjunto de relaciones de fuerza, sino de relaciones de sentido, es decir, que 'las cosas no son lo que son, sino lo que significan en un determinado orden simbólico'.

Esquema organizativo

- **Campo:** en las sociedades modernas, la vida se reproduce en ‘campos’: el económico, el científico, el político, el artístico, el religioso, el deportivo, la moda, etc.
- **Habitus:** Conjunto de modos de ver, sentir y actuar que, aunque parezcan naturales, son sociales.

Los ‘campos’ no tienen una lógica única ni un conflicto central ni una autoridad que los unifique. En cada campo hay una lucha por la legitimidad y el poder. De todos modos, no funcionan completamente aislados, sino que todos responden al

esquema de lucha de clases, según Bourdieu, ya que comportan dos elementos: la existencia de un capital común y la lucha por su apropiación. Aquí disiento de Bourdieu, ya que lo que une a todos estos campos es la ideología patriarcal, como ya expresé hace mucho tiempo en mi estudio sobre *El feminismo holístico*.

Existen *cuatro tipos de capital* fundamentales:

- Capital clásico: el económico.
- Capital social: relaciones, contactos, prestigio
- Capital cultural: conocimientos y habilidades
- Capital simbólico: aquel que anula el carácter arbitrario de la distribución del capital haciéndolo pasar como natural.

Las *reglas del juego* consisten en mantener una sintonía ontológica entre *campo* y *habitus*, la cual permite construir un consenso que legitima el orden social. Entonces resulta que los campos fundamentales -el capital económico, el social y el cultural- están en manos de los varones, mientras el ‘capital simbólico’ es lo único que compartimos ambos géneros, pero se trata de un esquema simbólico regido por lo masculino. Es inútil que luchemos por conseguir parte de la tarta en los otros campos, porque siempre será a costa de renunciar a otro paradigma simbólico que aún no hemos concebido como propio. Estamos condenadas a jugar siempre en campo contrario. Por eso la doble y la triple jornada, por eso el techo de cristal.

Veamos ahora, pues, cómo actúa este modelo en los diversos campos en relación al capital que se disputa.

Capital Económico: El modelo patriarcal ha asumido con toda naturalidad tres sistemas de pensamiento que le venían muy bien, que a su vez son fruto de la práctica patriarcal: otra vez el círculo vicioso. Por un lado Thomas Hobbes, para quién “*el*

hombre es un lobo para el hombre”, ya que nuestro estado natural es ‘la guerra de todos contra todos’. En su obra *Leviatán*[5] explica la formación del Estado como un pacto necesario —entre los lobos- para que sólo dicha instancia tenga el monopolio de la violencia. En segundo lugar, Adam Smith, quien afirmaba[6] que gracias al egoísmo de los particulares se consigue el bienestar general, ya que ese egoísmo genera riqueza para todos. Y, por último, Charles Darwin[7], que postula que, en la lucha por la vida, entre las diversas especies sobrevive el más fuerte, el que mejor se adapta a las condiciones existentes. Y todo esto nos lo hemos creído. O, al menos, resulta inapelable.

La única teoría propiamente económica es la de Adam Smith, pero las otras dos están en la misma línea, una desde la política y otra desde la biología: son complementarias. Y es increíble cómo teorías de los siglos XVII, XVIII y XIX sigan imperando en pleno siglo XXI. ¿Por qué? Porque las unifica el modelo simbólico patriarcal, que es el que sigue funcionando. Este modelo se fundamenta en tres pilares: El dominio de la Naturaleza, la guerra como estado permanente y el vasallaje de las mujeres. Es decir, que aunque los ‘campos’ en la sociedad moderna hayan cambiado en su forma, el *habitus*, es decir, los modos de pensar y sentir siguen siendo idénticos. El imaginario no ha cambiado, y si con el feminismo hemos conseguido mejorar las condiciones objetivas de vida de las mujeres, no hemos conseguido superar el esquema simbólico patriarcal. Es decir, que aunque podamos estudiar, ejercer una profesión, tener los hijos que deseemos, divorciarnos o ni siquiera casarnos, resulta que seguimos repitiendo esquemas. ¿Qué ha sucedido para que, a pesar de nuestra lucha, las mujeres del mundo sigamos siendo las más pobres de los pobres, y la posesión de la tierra esté en un 98% en manos de varones? ¿Sería cuestión de tener tantas posesiones como los hombres? ¿O habría que cambiar el modelo y conseguir que nadie pudiera ser propietario de la tierra y todos pudiéramos disfrutar de ella? Trabajamos por compartir las tareas domésticas, pero ¿es éste el modelo de vida doméstica que realmente nos interesa? Sin duda que todo esto lo consideramos como 'lo natural', y aquí está la trampa.

El modelo patriarcal es un modelo anti-natura, ya que nos han convencido de

que el más fuerte es el que combate, cuando está demostrado que el más fuerte biológicamente es el que coopera: sólo la cooperación ha hecho posible la subsistencia de la especie humana, como bien ha demostrado la microbióloga Lynn Margulis, cuya emoción básica era el amor según el biólogo Maturana. Es decir, que las mujeres modernas seguimos respondiendo a unos valores, unos símbolos y unos paradigmas establecidos por los valores y los modos de actuación de los varones en un sistema de dominación patriarcal muy antiguo.

El ejemplo más sangrante de la economía patriarcal lo constituyen los succulentos beneficios que actualmente están dando a las mafias las mujeres prostituidas. Recientemente he leído en algún diario que ahora están traficando masivamente con mujeres muy jóvenes asiáticas, ya que los ‘clientes’ es lo que demandan. Parece lo normal: es la ley de oferta y demanda. Actualmente estamos cayendo en la cuenta de que es un modo de esclavismo y no el oficio más antiguo del mundo. Pero hasta que no tomemos conciencia de que el trabajo doméstico es también una esclavitud para las mujeres, no habremos dado el paso definitivo. Preguntemos en qué consisten las vacaciones o la jubilación para la mayoría de las amas de casa, trabajen o no en otros ámbitos. ¿Descansan realmente de sus tareas cotidianas? Es un despropósito que no se sostiene.

Capital Social: Relaciones, contactos, prestigio, influencia. En este sentido, las imágenes valen más que las palabras. No tenemos más que ver las fotografías de las reuniones de los grandes poderes influyentes en el mundo. Por ejemplo, reuniones de los jefes de gobierno. Aparece toda una mancha gris de señores encorbatados entre los que destaca la chaquetita rosa de Angela Merkel como tributo a la excepcionalidad. No digamos la foto de un cónclave religioso, ya sea de obispos o de mulás. No hay ni una mujer. Sería un desprestigio. La iglesia anglicana está al borde del cisma porque se han admitido los nombramientos de mujeres como obispos u obispas. Las fotografías relativas a los representantes de las finanzas son un verdadero escándalo. Ahi es donde reside el verdadero poder, y tal vez lo veamos con

toda naturalidad.

Un ejemplo muy cercano del desprestigio de lo femenino lo constituye la situación actual de presión para liquidar el Ministerio de Igualdad o los Institutos de la Mujer, lo cual demuestra que esto de las mujeres no es un asunto relevante, sino totalmente prescindible. La crisis económica no es más que una disculpa.

Capital Cultural: Este aspecto es abrumador. Precisamente porque el Patriarcado como estructura sistémica ha tenido que crear toda una serie de textos y de iconos que demostraran insistentemente la supremacía masculina. Desde los primeros libros de las distintas civilizaciones se nos muestra la batalla original entre un dios y una diosa, con la derrota de esta última[8]. Se nos muestra la maldad y la estupidez de las mujeres como es el caso de Eva, en la tradición hebrea, o de Pandora en la griega. Nuestras ciudades y museos están llenos de representaciones que celebran victorias militares, que nos recuerdan a héroes o caudillos. Hasta el famoso código de Hammurabi de la cultura sumeria está inscrito sobre un símbolo fálico.

Nadie se extraña que haya monumentos al soldado desconocido y de que no existan, por el contrario, monumentos a la maternidad, por ejemplo. Nuestros homenajes son más a la muerte que a la vida, ya que la sangre del héroe se convierte en una especie de talismán mágico, mientras que la sangre menstrual –sangre de vida– es algo oscuro, sucio, privado y despreciable.

En fin, que si un extraterrestre viniera a la Tierra y viera nuestros periódicos, nuestros museos, nuestros monumentos creería que éste es un planeta sin mujeres y no entendería cómo hemos podido reproducirnos hasta alcanzar la cifra de 6 mil millones de habitantes. Es totalmente irracional y nos parece de lo más natural en lugar de verlo como un auténtico esperpento. El tremendo esfuerzo por adaptarnos a este tipo de mundo para sobrevivir o para triunfar incluso es la cosa más tonta que podemos hacer, pero lo hacemos. Son victorias pírricas sin ningún sentido, mientras que para ellos constituyen ‘el sentido’. Para el orden patriarcal, el sentido de la vida es la lucha misma, la posesión, la conquista. Para otro orden simbólico más femenino

el sentido de la vida consistiría en vivir y dejar vivir, que aunque parezca una perogrullada encierra una profunda sabiduría. En definitiva, en llegar a ser profundamente humanos.

El capital cultural refuerza al capital económico en muchas ocasiones. Y el gesto más simbólico tuvo lugar últimamente cuando abrieron la sesión de la bolsa en Wall Street los protagonistas de la película *Los mercenarios*. Nada menos que cinco energúmenos, incluido el campeón del culturismo, Ferry Crews, una especie de orangután orgulloso de su músculos, presididos todos ellos por Sylvester Stallone, quien ha escrito (no sabía que supiera escribir) protagonizado y dirigido la película. Una película que se adecua perfectamente al orden simbólico actual, ya que ha recaudado en un solo fin de semana en EE.UU. 35 millones de dólares. La prensa tituló el evento como 'testosterona en Wall Street'.

En fin, que si un extraterrestre viniera a la Tierra y viera nuestros periódicos, nuestros museos, nuestros monumentos creería que éste es un planeta sin mujeres y no entendería cómo hemos podido reproducirnos hasta alcanzar la cifra de 6 mil millones de habitantes. Es totalmente irracional y nos parece de lo más natural en lugar de verlo como un auténtico esperpento. El tremendo esfuerzo por adaptarnos a este tipo de mundo para sobrevivir o para triunfar incluso es la cosa más tonta que podemos hacer, pero lo hacemos. Son victorias pírricas sin ningún sentido, mientras que para ellos constituyen 'el sentido'. Para el orden patriarcal, el sentido de la vida es la lucha misma, la posesión, la conquista. Para otro orden simbólico más femenino el sentido de la vida consistiría en vivir y dejar vivir, que aunque parezca una perogrullada encierra una profunda sabiduría. En definitiva, en llegar a ser profundamente humanos.

Capital simbólico: Aquel que anula el carácter arbitrario de la distribución del capital haciéndolo pasar como natural. Es decir, que todos los otros capitales son arbitrarios, pero el capital simbólico es lo que hace que los consideremos como algo

natural, que las cosas son así porque tienen que ser así, porque lo natural es que sean así.

Para entender este punto fundamental, tenemos que comprender lo que significa el orden simbólico, partiendo de que la realidad social no es sólo un conjunto de relaciones de fuerza, sino de relaciones de sentido. Estas últimas son las que constituyen la dimensión simbólica del orden social y posibilita las situaciones de injusticia.

Veamos, pues, cómo explica el psicoanálisis lacaniano el orden simbólico. En primer lugar, hay que decir que *el imaginario* responde a una instancia preverbal e individual, mientras que *lo simbólico* es estructural, social y vinculado al lenguaje, es decir, al sentido, al valor y a la resonancia que las palabras o conceptos contienen en un determinado código cultural. Pues bien, la gran tragedia para el psicoanálisis es que en el desarrollo del sujeto, el imaginario siempre queda alienado en lo simbólico.

El imaginario se forma en una etapa de la vida anterior a la adquisición plena del lenguaje. En esa fase, el sujeto tiene experiencias que aún no están ordenadas, quiere decir que el significante, es decir, la experiencia en sí, no tiene todavía un significado, lo cual otorga una gran plasticidad al ‘yo’ por la falta de límites, incluso una experiencia de omnipotencia en la que la niña o el niño se forjan un personaje, lo que quieren ser o lo que imaginan ser. Pero, hete aquí, que ese personaje se va desarrollando dentro de una cultura con unas pautas, valores y conceptos determinados que imponen límites y una dirección determinada al desarrollo de ese sujeto. Como vivimos en sociedades en las que impera la estructura de dominación, resulta que ese aprendizaje lo realizamos a través de las ‘prohibiciones’ —que imponen los límites de lo que se puede o no se puede hacer, pensar o querer—, y la ‘renuncia’, que canaliza los deseos del sujeto hacia objetivos determinados y no hacia otros. En este proceso consiste el paso a un orden simbólico determinado. O sea, que partiendo del mundo en el que la madre es todo para nosotros e imaginamos que somos todo para la madre, le sigue un proceso de individuación a través del imaginario y desembocamos en el mundo simbólico de la ley del padre, que es el

orden simbólico imperante en una cultura determinada. El orden simbólico es la condición *sine qua non* de lo humano, de nuestra socialización. Este esquema no podemos modificarlo, pero lo que sí es modificable es el contenido del orden simbólico. El orden simbólico es lo que da un significado determinado a nuestras acciones, a nuestros deseos, a nuestros logros, a todo lo que realizamos y sentimos. Fijaos que a este orden simbólico, Lacan lo denomina la ‘ley del padre’. ¿Por qué? Porque nuestra cultura es patriarcal y nuestro modelo de mundo es un modelo masculino. El Padre (es decir, el Patriarcado) es el dueño de las palabras, el que atribuye significados concretos a los significantes, es decir, a las cosas, los hechos y las experiencias. Es decir, quien otorga el sentido.

EN EL PASO DEL IMAGINARIO INDIVIDUAL AL SIMBÓLICO PATRIARCAL ES DONDE ANIDA EL ORIGEN DE TODAS LAS VIOLENCIAS CONTRA LAS MUJERES.

Círculos viciosos

Lo del orden simbólico es tan difícil de detectar porque se basa en una serie de círculos viciosos en los que un término refuerza al otro y resulta muy sutil el engaño. Sólo se puede cortar el círculo por el eslabón más débil, es decir, por el corte que separa el imaginario del simbólico por el cual el primero siempre queda alienado en el segundo. Tal vez lo comprendamos mejor a través de un esquema:

Círculos viciosos: reglas del juego

Imaginario/ simbólico

Comportamientos/ estructuras estables

Dominador/ dominada

Conductas/ conceptos

Creencias/ tradición

Igualitarismo/ modelo masculino

Socialización/ reforzamiento aprendizaje

Arbitrario/ natural

Estos círculos viciosos son los que hacen afirmar a Bourdieu que “existe una complicidad tácita entre el dominado y el dominador” o, en otras palabras, que “*la violencia simbólica es aquella forma de violencia que se ejerce sobre un agente con la anuencia de éste*”. El primer término es subsumido por el segundo, que a su vez refuerza al primero.

Violencia simbólica patriarcal sobre las mujeres

Lo primero que quiero dejar claro es que la violencia contra las mujeres en un sistema patriarcal es una violencia estructural, sistémica. No es coyuntural ni sólo física. Es una violencia profunda que impide un sano desarrollo emocional e intelectual entre las mujeres, ya que la violencia simbólica constituye el mecanismo principal de la reproducción social y del mantenimiento del orden.

Existe una violencia explícita que se da sin traba alguna en los regímenes autoritarios, como la que vemos en esta portada reciente del 'Times' de la mujer afgana con la nariz y las orejas cortadas.

Después del 11 S, una de las disculpas para iniciar la guerra en Afganistán era la de liberar a las mujeres de la violencia de los talibanes, de modo que ocho años después, las mujeres ocupan el 10% de los escaños en el Parlamento y millones de niñas han vuelto a la escuela^[10], pero desde julio de 2009 las mujeres chiíes están obligadas por ley a satisfacer los deseos sexuales de sus esposos. Si se niegan, estos tienen derecho a dejarlas morir de hambre y sed. Igualmente, los violadores pueden evitar la cárcel si compensan económicamente a la familia de las violadas, amén de que la custodia de los hijos la tendrá el padre en caso de divorcio, e incluso el uso del *burka* ha retornado de modo masivo. ¿Qué ha pasado? Pues simplemente que el

presidente Karzai ha cambiado el voto de los fundamentalistas chiíes por una represión aún mayor de las mujeres. Y Occidente sigue apoyando a este mafioso, que ha sustituido el cultivo de trigo por el de opio, mucho más rentable, lo que ha provocado que 100.000 mujeres cultivadoras se hayan hecho adictas para sobrellevar una vida de animales de carga. Es semejante a lo que ha hecho el 'revolucionario' Daniel Ortega en Nicaragua, que ha abolido la conseguida 'ley del aborto' por un pacto con la Iglesia a fin de conseguir votos de católicos.

En Occidente no tenemos casos tan flagrantes que se consideren como normales, pero seguimos siendo víctimas de la violencia simbólica, o violencia implícita, que en sucesivos bucles se perpetúa sin que las muchas leyes sean capaces de erradicar. Es lo que Bourdieu hizo visible con la denominación de *coeficiente simbólico negativo*, que yo especifico como *coeficiente simbólico femenino*.

Este coeficiente afecta de manera negativa a todo lo que son y a todo lo que hacen las mujeres. Es lógico que en sociedades en las que el modelo simbólico impuesto es el masculino, todo lo femenino sea desvalorizado. A veces nos esforzamos por hacer tan bien como ellos los trabajos o funciones que realizan los hombres, pero es inútil, ya que por el hecho de ser realizados por una mujer, estas funciones y trabajos se desvalorizan. Cualquier idéntico concepto aplicado a una mujer y a un hombre da resultados diferentes, siempre negativos o peyorativos para las féminas. Bourdieu lo define así: “*Sea cual sea la posición de las mujeres en el espacio social, tienen en común su separación de los hombres por un coeficiente simbólico negativo*”. Este axioma se traduce en la devaluación de ciertas características o espacios femeninos frente a la valoración de las características y espacios masculinos. Y los principios que rigen el coeficiente simbólico son las siguientes:

1. *Las funciones adecuadas para las mujeres son una prolongación de las funciones domésticas.*
2. *Las mujeres no pueden tener autoridad ni verdadero poder sobre los varones.*

3. *El monopolio masculino de los objetos técnicos y de las máquinas.*
4. *La entrada de las mujeres en ciertas profesiones o su acceso a determinados cargos siempre despiertan violencia en los varones, que muchas veces se expresa a través de la burla.*
5. *Las profesiones en las que se han incorporado gran número de mujeres son inmediatamente devaluadas.*
6. *No existen características neutras. Las mismas realidades o conceptos se perciben distintos según los encarnen mujeres o varones.*
7. *Todo esto escapa a una percepción consciente.*
8. *La dominación simbólica va configurando las personalidades masculinas y femeninas.*

Sólo me voy a detener en los tres últimos puntos, ya que los anteriores son evidentes. Como el modelo dominante es el masculino, cualquier característica o concepto queda transformado por el hecho de que sean atribuidos a una mujer. Por ejemplo, el aspecto físico: las canas en un hombre le hacen interesante, en una mujer, la envejecen. El modo de vestir en un hombre puede ser totalmente informal, pero si una mujer se presenta en un programa de televisión en camiseta y zapatillas de deporte, resulta impresentable. Nuestro aspecto forma parte del ser, porque somos juzgadas por nuestra apariencia física: estamos obligadas a agradar según unos cánones adecuados a la percepción estética masculina. No digamos las características intelectuales. Lo que en un hombre es muestra de su cultura o preparación, en una mujer se convierte en que es una repipi, un ratón de biblioteca o una mari-lista, es más, puede hasta molestar. Las mujeres deben hablar de cosas intrascendentes y superfluas. Lo más graves se da en relación a los comportamientos sexuales. Lo que en un hombre significa ser un seductor, en una mujer adquiere calificativos que todas sabemos. Lo malo es que las jóvenes están adoptando comportamientos propios de la sexualidad masculina por la necesidad de agradar, de ser aceptadas; comportamientos

que parten de una muy baja autoestima. El colmo de la dominación simbólica consiste en haber erotizado la violencia.

Hace poco en el Parlamento Europeo tuvimos un caso muy elocuente cuando Sarkozy y Zapatero se quejaron de las enérgicas críticas de la comisaria de Justicia de la UE, Viviane Reding, por la expulsión de los gitanos rumanos de Francia, a lo que ella contestó: “Si protesta una mujer es una histérica, si lo hace un hombre, entonces es una crítica”.

Lo más injusto y demostrativo para mí modo de ver es la ignorancia arrogante frente a todo lo que están produciendo las feministas a nivel intelectual. Difícilmente un grupo socio-político ha producido tal cantidad de documentos, estudios, tesis y trabajos en general. Sin embargo, en la academia o en los medios nadie se da por enterado. Es un desprecio absoluto por el hecho de que lo que hacen las mujeres no es significativo ¡Y menos si son feministas!

La percepción, o sea, el juicio implícito que hacemos de alguien, no es algo racional, sino en relación a los cánones de percepción de una cultura determinada. Eso pasa inmediatamente a un registro inconsciente, por ello es tan difícil de cambiar. Es el mecanismo que hace que cosas arbitrarias, establecidas por la costumbre, pasen a ser ‘naturalizadas’ por más que sean aberrantes.

Y, por último, lo más pernicioso es que el orden simbólico acaba configurando las personalidades masculina y femenina. En los varones se da una especie de personalidad totalmente fatua e infantiloides —que lo inhiben de muchas responsabilidades—, y en las mujeres se van conformando personalidades entregadas, sumisas en muchos casos, dependientes y con necesidad de agradar para ser aceptadas. Es como si siempre tuviéramos que hacernos perdonar alguna cosa, algún pecado: por ejemplo, haber nacido mujer.

Estas relaciones injustas no sólo nacen de la ‘maldad’ de los opresores, sino de la complicidad de los agentes oprimidos. Y lo que hace el *habitus* es perpetuar el orden existente. A este respecto, dice Bourdieu: “*La violencia simbólica es aquella forma de violencia que se ejerce sobre un agente con la anuencia de éste*”.

Judith Butler en su obra *Mecanismos psíquicos del poder*^[11], plantea el tema de la subordinación como una condición para devenir sujeto. Es el propio instinto de supervivencia el que nos hace preferir existir en la subordinación frente al no existir. Lo peor es que el existir de las mujeres en un orden simbólico patriarcal significa una sumisión obligatoria. La esperanza de cambio, sin embargo, radica en que el poder externo asumido por el sujeto no coincide con el poder del propio sujeto, que constituye su potencia. Desde la potencia, que implica la comprensión de cómo funciona el orden simbólico, sería posible cambiar las cosas y el modo de vida de las mujeres y de los varones, llegando a crear un nuevo orden simbólico en el que el ‘vivir’ –y no el ‘vivir para’- constituiría el objetivo fundamental en la construcción del sujeto.

Cuando se proponen políticas de igualdad sin revisar el modelo masculino patriarcal, estamos aceptando simbólicamente que los varones, no sólo están en una posición superior, sino que son superiores y que su modelo está fundamentado en el orden natural. Por eso afirmaba Carla Lonzi que “La igualdad entre los sexos es el ropaje con el que se disfraza hoy la inferioridad de la mujer”.

A veces pienso que se debería invertir la dirección de estas políticas y plantear como modelo el femenino para que los varones aspiren a igualarse, ya que el suyo nos están llevando al desastre porque es un modelo humanamente insostenible.

1 Anagrama, Barcelona, 2000

2 Masculino sería, por ejemplo, la guerra como instrumento para resolver conflictos o acaparar recursos.

3 En muchas otras culturas, esta primacía viene luego a reafirmarse en los mitos y las religiones, de modo que se justifica como tradición y como voluntad divina.

4 *Comunicación y poder*, Madrid, Alianza Editorial

5 Publicada en 1651

6 *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776)

7 *Evolución de las especies* (1858)

8 *Gilgamesh de Uruk* en la cultura sumeria y *Enuma elis* en la babilónica.

10 Se dan las clases en torno a una hoguera por si llegan los talibanes poder quemar los libros.

11 Madrid, Cátedra, 2001